

## UNA DICTADURA SIN OPOSICION

### Eduardo Galeano

#### La autocracia

Secuestro de los fines por los medios: el supermercado te compra, el televisor te ve, el automóvil te maneja. Los gigantes que fabrican automóviles y combustibles, negocios casi tan jugosos como las armas y las drogas, nos han convencido de que el motor es la única prolongación posible del cuerpo humano. En nuestras ciudades, sometidas a la dictadura del automóvil, la gran mayoría de la gente no tiene más alternativa que pagar boleto para viajar, como sardinas en lata, en un transporte público destartado y escaso. Las calles latinoamericanas nunca ofrecen espacio para la bicicleta, despreciado vehículo que es un símbolo de atraso cuando no se usa por pasatiempo o deporte.

La sociedad de consumo, octava maravilla del mundo, décima sinfonía de Beethoven, nos impone su simbología del poder y su mitología del ascenso social.

#### ¿Quién es el amo?

*El coche es tu mejor amigo*, informa un anuncio. El vértigo sobre ruedas te hará feliz: *¡Viva una pasión!*, ofrece otro anuncio. La publicidad te invita a entrar en la clase dominante mediante la mágica llavecita que enciende el motor. *Impóngase*, manda la voz que dicta las ordenes del mercado, y también *¡Demuestre su personalidad!* Y si pones un tigre en tu tanque, según los carteles que recuerdo desde mi infancia, será más veloz y poderoso que nadie y aplastará a quien obstruya tu camino hacia el éxito.

El lenguaje fabrica la realidad ilusoria que la publicidad necesita para

vender. Pero en la realidad real ocurre que los instrumentos creados para multiplicar la libertad contribuyen a encarcelarnos. El automóvil, máquina de ganar tiempo, devora el tiempo humano. Nacido para servirnos, nos pone a su servicio: nos obliga a trabajar más y más horas para poder alimentarlo, nos roba el espacio y nos envenena el aire.

#### Respirar es una peligrosa aventura

En nombre de la libertad de empresa, la libertad de circulación y la libertad de consumo, se ha hecho irrespirable el aire urbano. El automóvil no es el único culpable del cotidiano crimen del aire en el mundo, pero es el que más directamente ataca a los habitantes de las ciudades.

Las feroces descargas de plomo que se meten en la sangre y agreden los nervios, el hígado y los huesos, tienen efectos devastadores, sobre todo en el sur del mundo, donde no son obligatorios los catalizadores ni la gasolina sin plomo. Pero en las ciudades de todo el planeta el automóvil genera la mayor parte de los gases que intoxican el aire, enferman los bronquios y los ojos y son sospechosos de cáncer.

En Santiago de Chile, según han denunciado los ecologistas, cada niño que nace aspira el equivalente de siete cigarrillos diarios, y uno de cada cuatro niños sufre alguna forma de bronquitis.

#### La venta de espejitos

Un amigo brasileño vuela a la ciudad de San Pablo. En el avión conoce a una turista que viene de Singapur. Singapur es como se sabe, uno de esos *tigres asiáticos* que la

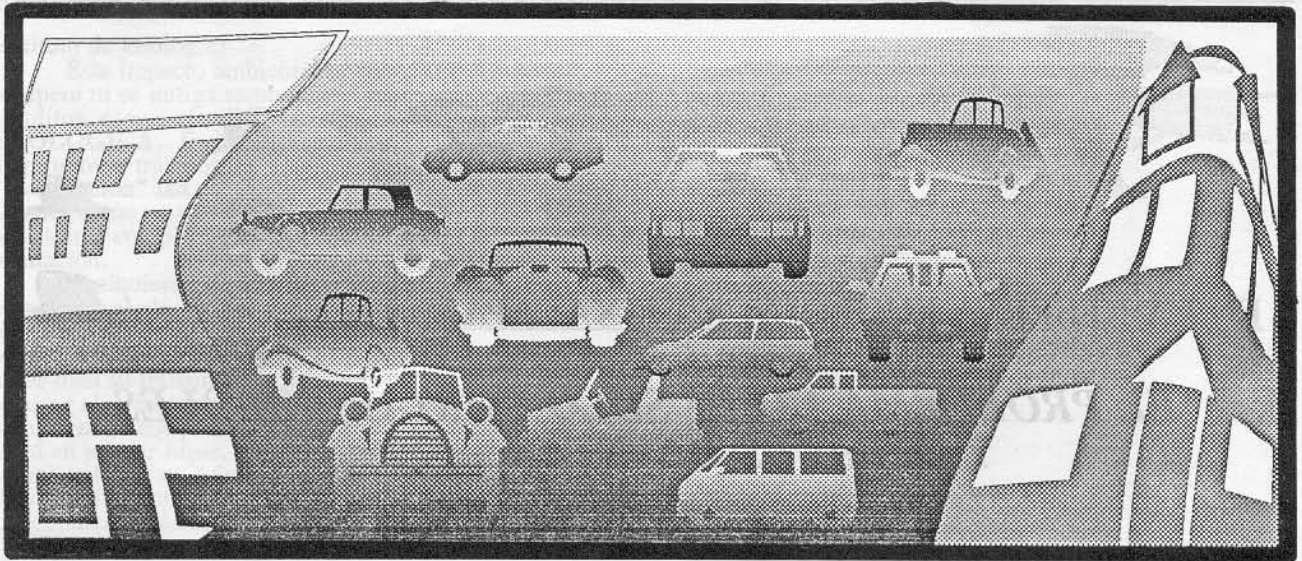
tecnocracia internacional nos vende como milagros producidos por la libertad del dinero y el ninguneo del Estado.

Mi amigo queda de boca abierta: esa turista es maestra de escuela pública en Singapur y gana *quince veces* más que una maestra brasileña, porque en Singapur el Estado no maltrata a la educación. En el aeropuerto, otra sorpresa, al contratar el viaje al centro de San Pablo: el taxi por una distancia equivalente cuesta en Singapur, *quince veces menos*, porque en Singapur el Estado subsidia ampliamente al transporte público. Y cuando llegan al centro, las calles de San Pablo están taponadas por el tránsito y el aire es una cortina gris. En medio del estrépito enemigo de los oídos y del alma, mi amigo alcanza a escuchar la tercera sorpresa: en Singapur, el estado limita la circulación de autos privados mediante altos impuestos y aranceles.

#### Evite el aire libre

¿Qué es la ecología? ¿Un taxi pintado de verde? En la ciudad de México, los taxis pintados de verde se llaman *taxis ecológicos* y se llaman *parques ecológicos* los pocos árboles de color enfermo que sobreviven al acoso de los coches.

En una publicación oficial de fines del año pasado, las autoridades mexicanas han difundido unos *consejos ecológicos* que parecen inspirados por los más sombríos profetas del apocalipsis. La Comisión Metropolitana para la Prevención y el Control de la Contaminación Ambiental recomienda textualmente a los habitantes de la ciudad que en los días de mucha contaminación, que son casi todos, permanezcan el menor tiempo posible al aire libre, mantengan cerradas las puertas,



ventanas y ventilas y no practiquen ejercicios entre las 10 y las 16 horas.

**También caminar es una peligrosa aventura**

Según cuentan los entendidos en antigüedades griegas, la ciudad nació como un lugar de encuentro entre las personas. ¿Hay lugar para las personas en estos inmensos garages? Poco antes de la publicación de los consejos ecológicos, yo me lance a caminar por las calles de la ciudad de México. Caminé cuatro horas entre los rugientes motores. Sobreviví. Mis amigos me dieron una emocionante bienvenida, pero me recomendaron un buen psiquiatra.

El automóvil mata una multitud, cada año en el mundo entero. En muchos países las estadísticas son dudosas o inexistentes o no están actualizadas. Las últimas estimaciones mundiales disponibles (del Worldwatch Institute, de Washington) indican que no menos de 150 mil personas murieron en accidentes de tráfico en 1985. Ni la guerra de Vietnam mató tanta gente en un solo año.

En Alemania, por poner ejemplos de un país donde las estadísticas funcionan, hubo en 1992 cinco veces más muertos por autos que por drogas. En ese solo año, el automóvil mató el doble de alemanes que el sida en sus diez años de historia.

En todo el mundo, el tránsito es la primera causa de muerte entre los jóvenes por encima de cualquier enfermedad droga o crimen. Una tremenda campaña internacional, con frecuentes caídas al terrorismo, advierte cada día a los jóvenes sobre los riesgos del sexo en los tiempos del sida. ¿Por qué no hacen una campaña

semejante sobre los peligros del automóvil? ¿La libreta de chofer equivale al permiso de porte de armas?

**Un territorio libre de autos**

Andar en bicicleta por las calles de las grandes ciudades latinoamericanas, que no tienen carriles, es la más práctica manera de suicidarse. En los países del sur del planeta, donde las normas existen para ser violadas, hay mucho menos automóviles que en el norte, pero los automóviles matan mucho más.

¿Por qué los latinoamericanos que no tienen ni tendrán auto propio, la inmensa mayoría que no puede ni podrá comprarlo, siguen condenados a hacer la guardia en las esquinas, sin más remedio que esperar los ómnibus escasos? Por qué siguen obligados a pagar boletos que se llevan una buena parte de sus raquíticos salarios, sin otra alternativa? ¿Por qué no se abren, antes de que sea tarde, carriles protegidos para la circulación de bicicletas en las avenidas y las calles principales?

Quizá algunas ciudades latinoamericanas, las más babilónicas, han pasado ya el punto de no retorno en el camino de su propia perdición. Pero otras hay donde sería perfectamente posible la creación de un territorio libre de autos.

**La bicicleta como desgracia**

Los automóviles no votan, pero los políticos tienen pánico de provocarles el menor disgusto.

Ningún gobierno latinoamericano, civil o militar, de derecha, centro o izquierda, se ha atrevido a desafiar al poder motorizado.

Es verdad que recientemente Cuba se ha llenado de bicicletas, pero eso no había ocurrido durante los treinta y pico de años de revolución durante los cuales Cuba pudo haber elegido ese vehículo muy barato, que no ensucia el aire y que no requiere más combustible que el músculo humano. No: la bicicleta aparece masivamente en Cuba cuando no hay más remedio, porque no queda ni una gota de petróleo: no como una alegría disfrutable, sino como una calamidad inevitable.

**El modelo de Los Angeles**

Ni siquiera las revoluciones, a las que nadie podría negar la voluntad de cambio, se han propuesto poner en práctica la más sencilla manera de disminuir la dependencia ante las omnipotentes empresas que dominan el negocio del transporte y del petróleo en el mundo.

Los latinoamericanos nos hemos tragado la píldora de que el infierno de Los Angeles es el único modelo posible de modernización: una vertiginosa autopista que desprecia el transporte público, practica la velocidad como una forma de violencia y expulsa a la gente. Nos han entrenado para consumir veneno, y pagamos cualquier precio siempre y cuando venga en envase deslumbrante.

No hay peor colonialismo que el que nos conquista el corazón y nos apaga la razón. (La Jornada, 15.02.1994)